

Relectores

Javier Gomá, un lector rehén de una vocación

Javier Gomá, ensayista y filósofo, y director de la Fundación Juan March en Madrid, se define como “un lector completamente voraz, incansable, pero no un lector guiado por la brújula del placer sino un lector rehén de una vocación que busca instrumentos para dar claridad a esa visión originaria”.

Gomá ha participado en el programa **Relectores**, creado por la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, que pretende reunir experiencias de lectura y relectura de personalidades relevantes de todos los ámbitos de la sociedad.

En conversación con Antonio Sáenz de Miera, realizada a finales de 2015 en las instalaciones de la Fundación Juan March, en Madrid, Gomá explica que fue un lector voraz, aunque siempre al servicio de esa vocación literaria que, en su opinión, consta de “una visión y de una misión”.

El filósofo subraya que puesto que esa primera visión es etérea y ambigua el individuo necesita todos los instrumentos a su alcance para definirla, verbalizarla y estructurarla, y asegura que “para esa finalidad la lectura es un vivero inagotable de palabras, de ideas, de conceptos que te ayudan en esa visión”.

Por otra parte, tras toda una vida dedicada a la lectura, Gomá asegura que no le ha quedado una “relación beata con los libros” y por tanto no participa “de esa beatería del libro” aunque por supuesto piensa “que la lectura te puede dar una conversación con los mejores ingenios que ha dado la humanidad en su mejor momento”. Además cree que “la lectura no te va a redimir de nada” sino que “la lectura lo que te va a dar es mayor intensidad y mayor conciencia”.

Javier Gomá Lanzón (Bilbao, 1965), es doctor en Filosofía y licenciado en Filología Clásica (1988) y en Derecho (1992). En 1993 ganó las oposiciones al cuerpo de Letrados del Consejo de Estado con el número 1 de su promoción. Desde 2003 es director de la Fundación Juan March, con sede en Madrid. Su obra filosófica se encuentra recopilada en *Tetralogía de la ejemplaridad*, y también ha hecho lo propio con sus conferencias, ensayos y artículos periodísticos. Entre otros galardones ha recibido el Premio Nacional de Ensayo de 2004.

Antonio Sáenz de Miera (Cercedilla, Madrid, 1935), doctor en Derecho y profesor de Política Social de la Universidad Complutense. En el campo profesional actuó como directivo de empresa y fue director de la Fundación Universidad-Empresa de Madrid. Ha ejercido la presidencia del Centro Español de Fundaciones y del Club de La Haya de Fundaciones Europeas.

Transcripción completa de la conversación.

ASM: En estos momentos eres director de una Fundación y escritor, conocido, también. ¿Eres lector? Te pregunto: ¿eres un lector tan importante como eres escritor?

JG: Mi relación con la lectura ha sido una relación muy conflictiva, y esto daría para una conversación larga, porque en mi infancia yo fui un lector corriente, pero a partir de los quince, dieciséis años irrumpió una especie de *big-bang* en mi vida, que fue la vocación literaria. Y esa vocación literaria permeó todos los aspectos de mi personalidad. Me convertí en un lector voraz, pero siempre al servicio de esa vocación literaria que consta, según la he idealizado en diferentes sitios, de una visión y de una misión. Esa primera visión es etérea, es ambigua, y necesitas todos los instrumentos a tu alcance para ir definiendo esa visión, verbalizando esa visión y estructurando esa visión. Y para esa finalidad la lectura es un vivero inagotable de palabras, de ideas, de conceptos que te ayudan en esa visión. Entonces, fui un lector completamente voraz, incansable, pero no un lector guiado por la brújula del placer sino un lector rehén de una vocación que busca instrumentos para dar claridad a esa visión originaria.

ASM: Te he entendido, Javier, que para ti la lectura no era placer, sino que tenía una finalidad, que tú ponías la lectura al servicio de algo. ¿Pero es que es incompatible el placer de la lectura con el hecho de que la lectura tenga una finalidad?

JG: No es totalmente incompatible, pero en aquel artículo en el que yo definía la vocación literaria lo titulé “Raptado por las musas”. Y no es que la lectura fuera solo ella una servidumbre sino para quien se siente raptado por las musas la lectura por supuesto, pero cualquier otra actividad, tiene algo de la actividad que hace un rehén. Todo lo que hace lo instrumentaliza al servicio de su vocación, de su determinación, configuración, precisión de esa vocación. Y la lectura también. Recuerdo una vez que, teniendo yo veinte o veintiún años, alguien me hizo una encuesta por la calle justamente sobre los hábitos de lectura de la gente joven. ¿Qué tiempo dedica usted a la lectura? En aquel tiempo no era difícil que yo leyera quince, dieciséis horas al día. Y cuando lo puse me quisieron corregir diciendo “No, no estamos hablando al mes, a la semana sino al día”. Eran esas las horas que leía. Era un hombre que leía. Pero al mismo tiempo leía propulsado por una ansiedad que no es la del entretenimiento de los melancólicos pechos, como dice Cervantes en uno de sus preámbulos, sino la ansiedad infinita por ir definiendo esa visión originaria y dándole cuerpo a través de ese segundo momento que llamo misión que es la de darle consistencia bien en un pentagrama, si eres músico, en una escultura, si eres escultor, en un lienzo si eres pintor o en un texto si eres escritor.

ASM: Javier, y esa finalidad tan clara de la lectura ¿no te habrá hecho perder algunas lecturas?

JG: Sí, sí. Absolutamente sí. Y luego además es cierto que como esa visión a la que me estoy refiriendo es una visión que incluye una imagen del mundo, casi nada le es totalmente ajeno. Entonces eran lecturas de literatura, de filosofía, de historia, de antropología, de sociología, de derecho, de ética... nada le era ajeno pero, al mismo

tiempo, se transmutaba en materia dócil para esa teoría de la ejemplaridad que yo ansiosamente trataba de configurar y dar forma. Pero absolutamente sí. Primero, hay libros que no he leído. No he leído a Julio Verne, por ejemplo, y hay libros o autores que por un efecto maniático irresistible no encajan en esa visión del mundo y simplemente se me caen de las manos, como Borges.

ASM: ¿Hablamos de libros concretos, que hayan tenido una importancia capital en tu vida y en tu obra?

JG: Algo ocurrió... Lo que sucede es que, visto desde una perspectiva del tiempo uno comprende que ese algo en realidad remitía a algo que le trasciende. Pero algo ocurrió cuando empecé a leer los comentarios que san Juan de la Cruz hace al “Cántico espiritual” y a “La noche oscura del alma”. Yo recuerdo esa lectura como una lectura desencadenante, esa mezcla entre algo místico, secreto, total, extremadamente hermoso, extremadamente confidencial, una aventura sin retorno, y una gran belleza literaria, pues... Y al mismo tiempo estaba descubriendo la Grecia arcaica; estaba descubriendo la épica, la lírica, la escultórica, las figuras –eso lo he comentado muchas veces–, la fascinación por la ejemplaridad de la Grecia arcaica. Y, como te digo, ahora con tiempo y con perspectiva, lo que veo es el descubrimiento de algo que trascendía esos dos fenómenos. De igual manera que posiblemente en el primer amor uno no solamente se enamora de una mujer sino se enamora por primera vez de la experiencia de la mujer, no solamente de esa concreta, sino que, como decía Truffaut, te enamoras del amor. Bueno, pues aquí tuve la sensación de que fue el trampolín en el que mi alma se disparó hacia realidades que en el fondo trascendían tanto la Grecia arcaica como los comentarios de san Juan de la Cruz, al “Cántico espiritual”, o “La noche oscura del alma”, pero que fue la manera en que a mí se me presentaron determinadas experiencias.

ASM: ¿Y de san Juan de la Cruz bajaste a la literatura pura y dura en algún momento?

JG: Yo soy muy lector de novela, menos de poesía; soy lector de teatro, pero quizá lo que más he leído es novela. Novela y lo que podríamos llamar historia cultural, incluyendo historia de la filosofía, y he sido muy lector de teología. Pero, como antes te decía, tú vas a mi biblioteca y encontrarás leídos libros de toda naturaleza que me sirvieran para ir prosperando y progresando en esa búsqueda del puzle, de todas las piezas del puzle. Porque esa visión literaria, esa visión originaria que antes te decía, suelo definirla como que la experiencia en la que nosotros vivimos es una experiencia en la que vemos desordenadas cinco piezas del puzle y de pronto los que tienen vocación completan el puzle con la imaginación y ponen las otras cuarenta y cinco piezas, y ven un cuadro que tiene sentido, con sus figuras y con sus formas y sus colores en donde todo adquiere sentido. Claro, cuando te faltan cuarenta y cinco piezas, el anhelo por rastrear todo lo humano en cualquier manifestación para tener, donde estén, las cuarenta y cinco piezas que te faltan, y con la imaginación completar el cuadro, hace pues que leí muchísimo todo lo que tuviera que ver con el mundo griego, porque hice Filología Clásica, mucho el derecho romano, porque luego estudié Derecho, mucho la

historia del cristianismo, porque siempre he sido muy lector de Teología, y mucho la cultura contemporánea del siglo XVIII, XIX y XX en todas sus manifestaciones, literatura, filosofía, arte, antropología, ética... Con lo cual, y esto te va a sonar presuntuoso, pero no lo es; de verdad que no lo es. Me siento muy identificado con aquello que dijo Mallarmé: “He leído todos los libros”. Tengo la sensación de haber completado esa cosmovisión y la sensación de que casi todo lo que pueda leer, o pensar o sentir está ya pensado, leído o sentido de alguna forma en esa visión del mundo que ha cuajado en los libros que ya he escrito. Con lo cual mi relación ahora con la lectura es una relación rara, porque estreno una época nueva, liberado de las musas, en la que puedo empezar a leer libros, en parte a releer libros –he iniciado la época de la relectura– pero libros que los releo y en parte los leo por primera vez, porque la primera vez no los leí, los violé. Y ahora vengo en términos mucho más pacíficos.

ASM: Bueno, te has adelantado a una pregunta que es casi obligada en este ciclo de la Fundación, que se llama Relectores. ¿A qué libros estás volviendo en esta nueva etapa, y qué buscas en ellos, y qué encuentras, y qué cambios ves respecto a cuando los leíste por primera vez?

JG: Sí Antonio, mira, si no te importa el preámbulo, te diré en todo caso después de este largo transcurso de treinta y tantos años con esa relación con la lectura que antes he descrito, me ha quedado –una persona que ha leído tantos libros y que ha tenido tanta relación con los libros–, me ha quedado una relación no beata con los libros. Vivimos una época en la que se habla de la muerte de Dios y a veces uno tiene la impresión de que se han puesto las esperanzas de que la lectura va a ser la nueva salvación. Mira, ya no tienes que ser bueno, tienes que ser lector; ya si lees no habrá enfermedades, no habrá muertes, no habrá miedos, no habrá angustias y nos va a redimir de todas nuestras antinomias y de todas nuestras servidumbres. Por otra parte, en esta época de la cultura, para mí en exceso, da la sensación de que la cultura se ha convertido en historia de la cultura. Tú no puedes experimentar sensaciones fuertes, sensaciones originarias si no es a través de lo que ha dicho Shakespeare, Calderón, Homero, Horacio. En el ámbito del pensamiento eso es una evidencia; no puedes decir nada auténtico y genuino sobre el mundo si no te refugias en lo que ha dicho Walter Benjamin o Hegel, o Kant o Platón. Y eso es algo con lo que estoy completamente disconforme; tengo una resistencia máxima respecto a esa tendencia. Toda la literatura, todos los libros que en el mundo han sido están exclusivamente al servicio del goce, del vivir, y del tener una vida buena. Y la lectura no te va a redimir de nada. La lectura lo que te va a dar es mayor intensidad y mayor conciencia. Y esos pocos pero doctos libros juntos que dice Quevedo que te permiten una conversación con los difuntos –siempre y cuando de verdad te permitan una conversación y de verdad te permitan disfrutar más del banquete de la vida. Entonces, no participo de esa beatería del libro aunque por supuesto sí pienso que la lectura te puede dar una conversación con los mejores ingenios que ha dado la humanidad en su mejor momento. Y lo que ellos tengan que decir en ese momento de máxima conciencia, que es la producción de un texto, sobre tu vida, en la medida además que en la literatura, a diferencia de la ciencia, todos los creadores son contemporáneos (Tolstoi no deroga a Milton, Milton no deroga a Dante, Dante no deroga a Virgilio, ni este a Homero, sino que todos son tus contemporáneos en la

medida que hacen tu vida más eficaz), pues entonces sí. Pero no con una contabilidad de cuántos libros has leído y ni si conoces al detalle la literatura armenia, o si tienes un hueco en la literatura bizantina, sino solo al servicio de una vida potente, de una vida elevada, de una vida entusiasmada, y de una vida digna de ser vivida. Y eso es algo que alguien que ha sido muy muy esclavo de su vocación literaria lo dice con especial énfasis.

Y ahora vuelvo a la relectura de algunos textos; he leído hace poco *La celestina*, he leído hace poco *El Lazarillo de Tormes*, he leído hace unos meses *La odisea*, estoy en este momento releendo *El Quijote*, porque me han enredado para la gran exposición de Cervantes del 2016, con motivo del centenario del fallecimiento de Cervantes y tengo que escribir un texto y colaborar en la organización de la exposición, pero lo cierto es que la primera parte del *Quijote* la había leído también hace unos meses por gusto y tengo sentimientos encontrados.

ASM: ¿Con respecto al *Quijote* o con respecto a tus relecturas en general?

JG: Con respecto a cada uno de los libros que te he mencionado. La primera parte del *Quijote* la recordaba mejor; me parece que mete demasiadas historias que distraen la atención, claramente confeccionadas en un período anterior; me parece que cede demasiado a la broma un poco ya gastada de los tortazos, un poco como si fueran monigotes, o como si fueran guiñoles a los mazazos y a las tortas, a los revolcones y a las caídas, pero sin embargo la segunda parte de *El Quijote* me está pareciendo deliciosa. Quizá se han serenado los ánimos, es un hombre ya con un pie en el estribo, ya no hay historias intercaladas, ya no hay casi porrazos, y me está pareciendo un libro cuajado, y un libro perfecto. He vuelto a leer *La odisea*, y la recordaba mejor, y eso que la he releído dos o tres veces antes, puesto que algunos de mis libros tienen que ver con los personajes que allí aparecen. Y esta vez la he leído sin la venda de los ojos que te produce esa lectura orientada hacia algo que estás buscando y yo la recordaba mejor. Es verdad que otras veces la leía en otras versiones, incluso en edición bilingüe, esta vez simplemente me la he leído en una versión castellana y ahí he encontrado que tiene algo como más arcaico de lo que yo recordaba, menos actual. *La celestina* me ha parecido un gran libro, sobre todo los capítulos finales, el famoso suicidio, el lamento del padre, todo eso ha sido muy conmovedor. Y *El Lazarillo* tiene un aire de libro extremadamente moderno y extremadamente fundador de toda esa novela picaresca, pero claro, estamos hablando del 1550 o del 1560 que por una parte te deprime, porque el pícaro es un producto típicamente español, y allá donde otros pueblos creaban una burguesía y una clase media próspera en España seguimos con el falso escudero y el pícaro que son figuras que se van a perpetuar en la historia de España varios siglos allá donde otras sociedades estaban creando instituciones civiles, democráticas, liberales y modernas y por tanto tiene algo de deprimente, pero con todo me ha parecido un libro un poco enigmático, no se sabe a quién escribe esa carta, hay muchos temas que no están resueltos por los especialistas, pero un buen libro.

ASM: Javier, tengo la impresión de que tus relecturas están centradas en libros clásicos. Es decir ¿no hay nada en la literatura más actual que te haya llamado la atención y que un día pienses “tengo que volver a leer a”?

JG: Sí, si pienso hacerlo.

ASM: Pero no lo estás haciendo todavía.

JG: No, porque en primer lugar a mí me gusta distinguir entre la actualidad y la realidad y hay muchos libros que tienen actualidad pero que no tienen realidad, y de los que tienen realidad normalmente necesitas la decantación del tiempo para saber que eso que es actual se mantiene actual mucho tiempo y por tanto se torna real. Pero libros del siglo XIX y libros del siglo XX que me propongo leer algún día, sí. Luego, por otra parte, como tú mismo me decías...

ASM: Dime alguno de esos libros que te propones leer.

JG: No, yo pienso volverme a leer Proust entero, me lo leí en un verano, el verano justo antes de empezar Derecho, o Joyce, o Thomas Mann, o mis preferidos. Por ejemplo a mí me gusta muchísimo Jean Austen, o me gusta muchísimo... Hay una línea de autores, como son Jean Austen, Turgeniev, Theodor Fontane, Edith Wharton, algunas novelitas de Herman Hesse, que tienen todas ellas un hilo de oro que las va enhebrando, que son algo así como un cierto romanticismo educado, comedido, domesticado, esa especie como de romanticismo latente y educado y domesticado por una capa de civismo, esa mezcla me conmueve. Y hay una línea de seis o siete autores que pertenecen a este estilo y que pienso releer todo. Pero bueno, no solamente ellos. Los grandes que he... los grandes de la literatura, pues los he leído. Pero lo que sucede es que, como tú mismo decías antes, mi propia manía –en los dos sentidos del español de maniático, pero también en el sentido griego de furor y de locura– que me ha llevado siempre a hacer lecturas orientadas, ha dejado en el camino algunas cosas sin leer.

ASM: Una última pregunta, Javier. ¿Qué libro, uno, recomendarías tú en estos momentos, que son los que tú sabes muy bien que son, unos momentos políticos, tecnológicos, en que el hombre está en la situación en la que está, y lo concretaría un poco más: para gente mayor? Es decir, qué libro ayudaría a... sobrevivir... ¡No, no me gusta nada la palabra sobrevivir nada...! Alguien te pregunta o le dices ¿qué tal? y te dice “Sobreviviendo”, no me gusta nada... pero sí a gozar de esa buena vida tranquila de la que tú has hablado. ¿Qué libro te puede ayudar a eso?

JG: No voy a ser nada original en la respuesta, en el libro, porque te voy a recomendar *El Quijote*, pero espero que sí lo sea un poco más en las razones. Mira, leí el otro día un ensayo de Turgeniev sobre Don Quijote en Hamlet. Él destacaba que en 1605 se publica *Hamlet* y la primera parte de *El Quijote*, y establece un cotejo entre ambos libros, del que se deduce claramente la superioridad, a su juicio, de *El Quijote*. Porque Hamlet es una persona inteligente y lúcida pero que ha dado en un escepticismo cínico y egoísta, mientras que el Quijote es verdad que puede ser un loco pero es un loco que ayuda a

vivir. Y me quedé pensando por qué. Y esta misma mañana he puesto una nota sobre eso. Cuando uno hace una parodia, el parodiado queda empequeñecido, queda como reducido, queda ridiculizado, y *El Quijote* es una parodia. Por tanto uno podría ver que el parodiado queda ridiculizado. Y he aquí que la genialidad de Cervantes es que la figura parodiada de pronto, uno, tiene una individualidad que no es propia de las personas parodiadas, que suelen ser esquemáticas, estereotipadas, sino que es un ser vivo, de carne y hueso, e individual. Y ya lo individual merece respeto. Pero es que en segundo lugar, tiene un entusiasmo, una cortesía, un anhelo de justicia, un amparo de los más desfavorecidos, una bonhomía, una generosidad, una despreocupación por su propia vida, por su propia comida, por su propio regalo, como él dice, un comedimiento, palabras que Cervantes utiliza todo el rato, una conciliación, con la vida y con los infortunios que le tocan vivir, pero sobre todo sobre todo una dignidad y un idealismo pese a tantas cosas en el mundo que parecen desmentirlo que esos golpes, esas frustraciones, esos desengaños que se lleva, nunca desmienten la excelencia del ideal que él persigue, sino que es una manifestación excelente, una manifestación eminente de lo humano. Y he aquí que cualquiera de nosotros tiene sus desengaños, sus frustraciones, su servidumbre, sus penalidades, y puede encontrar en *El Quijote* como pese a eso debe mantener y debe tener la sabiduría de mantener vivas las fuentes del entusiasmo que le hacen aspirar a lo bueno, a lo digno, a lo bello, como el propio Quijote.

ASM: Muchas gracias, Javier.